DE LA LUZ DE LA FRAGUA A LA SOMBRA DEL REY PRUDENTE

Manuel Martínez Pérez

Junio de 2007

DE LA LUZ DE LA FRAGUA A LA SOMBRA DEL REY PRUDENTE

Muy buenos días a todos:

Antes de empezar esta disertación no estaría de más dar unas pinceladas geográficas del lugar en que nos encontramos siendo sus coordenadas las que nos sitúen en la trabazón orográfica que une espacios físicos con avatares históricos circunscritos a una época muy importante que tuvo su origen en pleno siglo XVI.

El Real Sitio de El Escorial se encuentra situado al noroeste de la actual Comunidad Autónoma de Madrid y ocupa el extremo más occidental de la Sierra de Guadarrama, siendo ésta una parte del Sistema Central que secciona en dos la Meseta Española, parte mas antigua de la Península y núcleo de la misma. Esa división conforma dos submesetas: la norte o Cuenca del Duero, Castilla y León, y la sur: Cuencas del Tajo y Guadiana, Madrid, Castilla La Mancha y Extremadura.

La Sierra de Guadarrama llena el espacio que va desde la Sierra de Malagón, que la une con Gredos hasta el Puerto de Somosierra. Es así, que esta Sierra ocupa en ambas vertientes, norte y sur, las provincias de Segovia y la dicha Comunidad Autónoma de Madrid, respectivamente.

Localizados ya, comencemos la charla, así considerada por encontrarnos entre amigos.

Señoras y Señores:

Este relato que aquí expongo no es ninguna historia en especial, es un sueño evocador de una época que ha podido suceder en este entorno que nos rodea: nos trasladamos ilusoriamente al final del siglo XVI, siglo en el que el hombre renace, abandona poco a poco sus costumbres medievales y se acerca, de puntillas algunas veces y a grandes saltos otras, a una nueva época: estamos en El Escorial, en los últimos días de septiembre de 1598, la noche anterior ha sido fresca, la umbría o escuridad de los alrededores, poblados de encinas, fresnos y quejigos, hace que el rocío se mantenga mas tiempo apegado al manto de hierba que hay en el camino, también los olores a tomillo, jara, romero y espliego se refuerzan, creando un ambiente serio pero acogedor. Es la mañana, oscura aun en su despertar, rota por la voz bronca de uno de los ferrones, el mas viejo, Pedro, que prontamente, se acercan a su ferrería, casi inactiva y transformada en herrería, ya que los trabajos en San Lorenzo el Real, el gran monasterio, han perdido su activad febril de años pasados pues, prácticamente, está terminado.

Pedro, el ferrón viejo, le está comentando a su hijo Juan, convertido en un hábil herrero, que espera la visita de Francisco de Medina, rejero vecino de la villa de Alba de Tormes, gran conocedor de su oficio, así como hombre muy culto. Francisco fue aquel, que siendo tu, Juan, un imberbe aprendiz, vino hace quince años, para ser mas exactos, en julio de mil quinientos ochenta y tres, a encargarnos las cuatro rejas de hierro para la iglesia principal del Monasterio; aquí, en este cajón, conservo aún el documento que nos dejó.

El sol, que está despertando, deja entrar la tibia luz en la herrería, y sin falta hay que reavivar el fuego de la fragua: Juan abre los chimbos o tapones de madera para que el agua derivada por el azud llegue al canalillo o antepara que termina en el banzado o depósito elevado y así queda regulada la salida del líquido que hace mover la rueda de los cangilones cuyo giro del eje con sus levas acciona el martinete de forja y los fuelles de alimentación del comburente.

El ruido de este ingenio no permite oír los pasos del visitante esperado y cuando se aperciben de ello dejan su trabajo en manos de los oficiales y aprendices para atenderle inmediatamente: su visita, tan esperada, trae, no solo poder hablar con una persona conocedora de su oficio, sino también un nuevo encargo; la realización de un tenebrario, ejecutado con peana de hierro lo mas austero posible y cuerpo de bronce: es la última donación a la Fabrica, así se le llamaba al Monasterio, pensando en que hace unos días ha muerto el Rey Prudente, Felipe II, y así, en las conmemoraciones de oficios de tinieblas de la Semana Santa sirva para que la luz de sus quince velas recuerden al rey que puso en marcha semejante obra.

Francisco de Medina, acompañado por su hijo Luis, muy consternado ante el óbito del gran monarca, saluda a Pedro y a Juan, y ante los dos jóvenes comenta con Pedro lo que considera que ellos, los herreros, han hecho a lo largo de muchos años, subrayando la importancia de este oficio. Habla de que ya en los Códices de Sahagún del año 1059, otro de León de 1090 y el de Vich de 1100, fueron reconocidos como gremio. En los reinos cristianos, tuvo tal desenvolvimiento el arte del hierro como verja, que ocupa lugares de gran ver como son en las Iglesias Catedrales, llegando a acontecer el hecho de que, en el año 1250, los rejeros catalanes Blay y Suñol fueron los encargados de la ejecución de las rejas de Nuestra Señora de Paris.

De comentar las organizaciones gremiales como avances de nuestra comunidad de artesanos, no podemos olvidar esos tecnicismos manejados por aquellos hombres que nos dieron su

saber hacer a lo largo de sus años de ejercicio: cómo olvidar los trabajos tan finos y difíciles de los candelabros de lirio inspirados en la naturaleza, especialmente en la flora, dando al conjunto más que el aspecto de un útil que llena una necesidad prevista, el de una flor; y así para conseguir unas formas y proporciones delicadas y puras, soldaban al último nudo de los vástagos del candelabro láminas lanciformes que al doblarse caprichosamente dejaban lucir el pincho, que hacía en ese conjunto ornamental el oficio de estambres de la flor, y esos antecesores nuestros pusieron su fuerza creativa en las grandes verjas de nuestras catedrales. No puedo dejar de recordar a nuestros dos grandes herreros: Fray Francisco de Salamanca con sus rejas del Paular, de Guadalupe y de Segovia, y Juan Francés con sus rejerías de Sigüenza, el Burgo de Osma, éste último dejaba escrito en letras góticas, en la cenefa de la verja, una leyenda que perpetúa su nombre, su tiempo, su profesión y, con ello, su técnica. Todos estos maestros, que podemos considerar itinerantes, quedaron casi apagados por las rejas realizadas por Bartolomé de Jaén a primeros de este siglo XVI, entre 1518 y1520 en la Capilla Real de Granada; lástima que este gran maestro no saliese de las lindes de Andalucia. Y en Castilla no podemos dejar sin nombrar a Cristóbal de Andino que mi padre presenció cuando en 1523 colocó la reja de la capilla del Condestable en la Catedral de Burgos, que, según me contaba, le dejó sin habla al verla pues debe de ser uno de los ejemplares mas perfectos y maravillosos de todas las obras de hierro conocidas.

Prosigue Francisco: Pero, Pedro, tenemos que contarles a nuestros hijos, nuestra aportación ornamental mas importante a la rejería de nuestra época, que ha pasado a formar parte de todas las rejerías europeas. España se ha unificado en los procesos metalisteros europeos, pero aporta una gran innovación, sustituye las barras cuadradas, redondas o torsas por el balaustre que es una forma prototípica nuestra, con elaboración sumamente delicada pues no es lo mismo forjar una barra redonda o cuadrada de igual sección en toda su longitud que forjar tales balaústres, que contienen a lo largo de la barra una gran variedad de diámetros que corresponden a ese, su rico perfil bulboso, con diferencias de

hasta seis veces mayor del diámetro mas pequeño en la parte del bulbo.

Aquí, interviene Pedro, para declarar que la confección de tales perfiles era difícil de hacer, ya que, después de muchas pruebas, comprobó que lo mejor y lo más rápido era realizarlos con varias pletinas obtenidas de las banderías procedentes del Alto Aragón, aunque mas tarde y por indicaciones de Juan de Herrera, se traían de Berna, cerca de Durango, de un negocio que llevaba su sobrino Pedro de Liermo, sin quitarme de la cabeza que el tal negocio era del mismísimo arquitecto. Mi método era el de manejar pletinas de diferentes tamaños y grosores, que uniéndolas con soldadura a la calda, se forjaban con la forma del balaustre mas fácilmente, bueno, lo de fácil es un decir, pues había que batir la pieza sobre la bigornia sin dejar enfriar mucho dicha pieza.

Francisco vuelve a indicar que aunque los balaustres mas hermosos que él había visto eran los de Andino, creyendo algunos que fue su primer ejecutor, tengo que decir, en honor a la verdad, que el verdadero inductor a este tipo de perfil abalaustrado fue Fray Francisco de Salamanca.

Hacen un descanso y toman un vaso de vino, procedente de Valdemorillo.

El vino tomado hace que la conversación entre ellos se anime y Francisco narre otros acontecimientos dignos de mención como fue la adjudicación de las tres rejas que, en la Iglesia del Monasterio se levantan a sus pies bajo el coro del templo. Se entabló una subasta o almoneda a la candela, en la que concurrimos el aragonés Guillén de Luxaron, el maestro itinerante Juan Tomás de Celma, el toledano Benito de la Capilla y yo.

Interrumpe Luis a su padre preguntándole cómo se realizaban aquellas subastas a la candela y Francisco continúa.

Se solían hacer en lugares abrigados de la lluvia y del sol, se revestían de una cierta solemnidad, y el que aquí tratamos se hizo

en la capilla de la Iglesia de prestado, estando abiertas las pujas a la baja mientras no se apagara una candela encendida al iniciarse la subasta.

Las rejas que eran de bronce se adjudicaron al maestro Guillén de Luxarón, cuyo taller de metalisteria en Zaragoza era de una manufactura de primerísimo orden. Las rejas se entregaron poco después de 1580 y si comprobáis su hechura observaréis que están finamente pulimentadas y, tengo que reconocer, que se integran perfectamente donde están colocadas; no me extrañó cuando me dijeron que recibió instrucciones para su ejecución del gran Pompeyo Leoni, escultor procedente de Milán.

Otro cariz va a tomar la conversación cuando Pedro pide a Francisco que les hable sobre las rejas hechas en su herrería para dejar en prisión a mas de uno de los que en boca de todos han pasado años atrás.

Francisco frunce el ceño, queda pensativo, y su voz se torna parda, opaca, carraspea repetidas veces hasta que aclara su garganta, ayudándose también de un largo trago de vino; mira a sus circunstantes y les pide con su mirada que sean cómplices en sus silencios. Baja el tono de su voz, lo que hace que las tres personas que le atienden se acerquen a él, ya que los ruidos en la ferrería siguen manteniéndose a causa del trabajo a realizar.

Comenta: reforcé las rejas del torreón del Alcázar que fue prisión del malogrado hijo del Rey, Don Carlos, cuyo enfrentamiento con su padre le llevó a ese trance.

Aquellos refuerzos en las rejas sirvieron para que, D. Carlos, agarrándose fuertemente a ellos, con sus ayes, alarmara a todo el palacio. El conflicto entre padre e hijo provenía de atrás ya que el heredero pretendía salirse de la línea marcada por nuestro prudente Felipe queriendo ocupar el puesto de mando en los Países Bajos. A esto hay que añadir los enfrentamientos del Príncipe con el Duque de Alba, con el hermanastro del Rey Don Juan de Austria, que llegaron a sacar sus espadas con un fin nada

bueno, sus intentos de fuga..., estas son las causas y el hecho de su prisión, llevado a cabo por su egregio padre en persona. Es un triste colofón a una vida que, por lo que nos contaban las gentes de palacio, se truncó después del accidente que tuvo en Alcalá de Henares. Con sus diecisiete años, al querer iniciarse prontamente en la vida amorosa, sufrió un traspiés al bajar por una escalera con, tan mala fortuna, que acabó dando con la cabeza en el quicio de una puerta. El muchacho púber sufrió una intervención quirúrgica muy delicada, la trepanación, que le hizo salir de aquel trance, aunque, para mí, puede que su empeoramiento se hubiere dado al haber metido en su lecho de enfermo la momia milagrera del fraile, fray Diego de Alcalá, muerto en santidad.

El príncipe Carlos en la prisión desató sus iras sobre si mismo, se alimentó de forma desaforada, su endeble salud se quebranta mas y mas. Felipe, nuestro Señor, ha informado a las Cortes del grave acontecimiento de encarcelar a su hijo y someterle a un proceso jurídico: fundamentalmente se plantea un gran problema: el de la sucesión al trono. Mientras tanto, con esos desórdenes en la alimentación, el Príncipe Carlos abrevia sus días en prisión y en vísperas del día de Santigo, 25 de Julio, muere con la bendición de su padre que se la da a espaldas de sus guardianes.

Estamos en 1568, es el "annus horribilis" del reinado de nuestro señor Don Felipe. Han pasado tres meses de la muerte del Príncipe, y muere su regia esposa Isabel de Valois, de un aborto que deja el trono vacante. Es un 3 de octubre que hace que nuestro extinto Rey se recoja en el convento madrileño de los Jerónimos donde llora su gran pena.

Francisco interrumpe su relato y, ante la curiosidad de los demás, pide unos instantes de descanso pues, quiere abordar dos asuntos en los que ha intervenido en su práctica de ferrero.

Inicia su conversación de nuevo: Estando en Valladolid, y esto , fue diez años antes de lo relatado sobre el Príncipe Carlos, es decir, en 1558, me reclaman del Tribunal de la Santa Inquisición para que revise las rejas de su cárcel cercana a la Real

Chancillería, ya que traen a un reo de gran rango, luego me entero que es, ni mas ni menos, que el Arzobispo de Toledo, Sr. de Carranza, gran teólogo dominico, erasmista destacado, que, al publicar sus "Comentarios sobre el catecismo cristiano", es atacado por su compañero de hábito, Melchor Cano, y denunciado por el Obispo de Cuenca, Pedro de Castro, al inquisidor general Fernando de Valdés, enemigo público de Carranza.

En alguna de las ocasiones que tuve que asistir a reparaciones de rejas en la cárcel de Valladolid, ví a Carranza ocupando su celda durante ocho años, ya que su proceso se inició en 1567. Al Arzobispo le salvó de la hoguera su habilidad, y la defensa que hizo de él D. Martín de Azpilicueta. Este proceso era un quebranto frente al papado para nuestro difunto Rey ya que Carranza, muy astutamente, solicitó que, ante su poca confianza en la justicia inquisitorial, fuese juzgado por los tribunales pontificios. No obstante el brazo de la inquisición es muy largo y se acusó a Carranza de herejía con aquella sentencia "vehementer suspectus de haeresi". La condena fue que abjurase de dieciséis proposiciones de sus comentarios y desposeído de su diócesis durante cinco años. Murió este gran teólogo en Roma después de diecisiete años de prisión y un proceso que ocupó 21 legajos y 40.000 folios escritos.

Mi cuestión ha sido siempre y después de conocer personalmente a este hombre, qué causa le llevó a tal estado, pensando que era la representación máxima de la Iglesia Católica, tan defendida por nuestro monarca, católico a ultranza, y deduzco que la envidia hizo mella en el confesor real, Fray Bernardo de Fresneda, que estaba en estrecha comunicación con el gran inquisidor Fernando de Valdés, envidioso también de nuestro Arzobispo.

Pedro pide a Francisco que descanse pues sabe que ahora va a intervenir en uno de los asuntos mas incómodos que tuvo nuestro Rey Prudente: el de su secretario de Estado, Antonio Pérez, asunto en el que también Pedro quiere dar su opinión, al conocer muy de cerca a dicho secretario ya que le hizo algunas obras de rejería importantes en su finca de las afueras de Madrid, cerca de

los atochales o espartales, finca llamada por el Secretario, de forma inocente y humilde, "La Casilla".

Pedro mira a sus contertulios y les pide una gran discreción ante lo que va a comentarles que, aunque el Rey ha fallecido hace días, queda aun en el ambiente palaciego y asimismo, en la calle, la malquerencia, por algunos, hacia D. Antonio Pérez. Inicia su parecer de esta manera: Sabéis que vive fuera de España y que hace el juego de servir a otro país, Francia, cosa mal vista por algunos pero que conocéis que en estos días se acepta sin ningún rubor.

Como seguidor y perteneciente al partido liberal encabezado por Ruiz Gómez, Príncipe de Eboli, estuvo enfrentado al Duque de Alba, partido conservador y defensor de los privilegios que provenían de edades anteriores; siendo de ésta forma que no gustaba del poder absoluto, y también le parecía mal que persiguieran a los moriscos, mano de obra abundante y conocedora de sus quehaceres. Y otro apunte a su favor fue que preconizaba, incluso gente de la Iglesia le apoyaba, la necesidad de disminuir lo eclesiástico en beneficio de las fuerzas productoras del país. Nunca por decir esto fue tachado de anticlerical, ya que es cierto que no lo era. Hemos vivido en esta época y, ya sabéis, que nunca se le reprochó el hecho de intervenir en el asesinato de Escobedo, secretario de Don Juan de Austria, y conocéis que después de ello siguió siendo amigo del Rey, de sus prelados y cortesanos, incluso de los príncipes extranjeros siendo conocido de todos este hecho.

Francisco mira de hito en hito a Pedro y mueve la cabeza en señal de desacuerdo: Pedro, te interrumpo, para decirte que, según tu, este hombre es un dechado de virtudes y mi punto de vista es otro, aunque reconozco que todo lo comentado por ti es cierto, pero no me negarás que su prisión fue por algo; y ese algo fué según malas lenguas, su pecado nefando, no demostrado, aunque lo que le llevó a la ruina fue esa relación con la viuda Princesa de Eboli, y el contubernio de ambición de mando y codicia de dinero habido entre ellos, mezclado con una relación amorosa.

Pero, no olvidemos, que nuestra relación mas fuerte con estos personajes, ha sido la de los hierros trabajados en las fraguas; y así no podemos dejar en nuestro saco de la memoria el paso de la de Eboli por las cárceles de Pinto, Santorcaz y Pastrana. En la torre de Pinto se pusieron rejas donde no las había, ya en Santorcaz solo hubo que retocar algunas y donde mas se hicieron reforzar fue en el propio Palacio de doña Ana, en Pastrana. Esta mujer, vanidosa y altanera, se mantuvo de esta forma ante el Rey Felipe y ello fue una de las causas de su duro castigo.

Trasladada al castillo de Santorcaz, estuvo en tan malas condiciones de salud que en febrero de 1581 se la trasladó a Pastrana, sus dominios. Al enterarse el monarca que la Princesa se carteaba con Pérez decidió por su voluntad regia, sin proceso y sin defensa, la privación de la tutoría y administración de sus hijos, lo que equivalía a su muerte civil; también se la privó de sus goces mayores como eran el despilfarro generoso y el ejercicio de su autoridad medieval sobre los vasallos de Pastrana. Los diez años que sobrevivió a la sentencia real fueron para ella un auténtico martirio y recuerdo cuando D. Alonso del Castillo me envió nota para que reforzase con fuertes rejas todas las ventanas y huecos de las habitaciones de Dª. Ana y, para mas escarnio hacia ella, en la gran ventana de la habitación en que estaba recluida que daba a la plaza se añadió a la reja una tupida celosía metálica. Que malos ratos pasé durante estos trabajos. Mas tarde supe que esta altiva señora falleció el 12 de Febrero de 1592 con cincuenta y un años de edad.

Que puedo contar de tu mentor, Antonio Pérez, que fue detenido en Madrid, arrestado en casa del alcalde. Se prepara el proceso por el asesinato de Escobedo y mientras se devuelve a la cárcel de Pinto, ocupada también, en su momento, por la Princesa de Eboli. De Pinto, después de dos meses y medio, vuelve a ser encerrado en Madrid en las casas de Benito Cisneros de las que escapó a Aragón. En esta última reclusión fue sometido a

tormento y declaró sobre su acción directa en el asesinato de Escobedo, hecho este, catorce años antes.

Después de la fuga a Aragón son bien conocidas sus maneras para agitar al pueblo de Zaragoza que sentía por él una gran admiración; pero allí visitó otras cárceles que fueron la de los Manifestados y de la Alfarería. Después de una batalla frente a la cárcel, la gente empezó a pedir, con gran vocería, la libertad de Antonio Pérez, y así se hizo, por miedo al pueblo levantisco. Pérez huyó a Francia. Después de todos los supuestos delitos cometidos el antiguo secretario de estado fue condenado, en ausencia y rebeldía, a ser relajado al brazo secular como convicto de hereje, este hombre nunca lo fué, y en defecto de su persona, fue quemado en estatua con confiscación de sus bienes e inhabilitación de sus hijos y nietos para todo cargo y dignidad. Esto sucedía como auto de fé celebrado el 20 de octubre de 1592.

La mujer y los siete hijos de Antonio Pérez, siguen en la cárcel. Es de esperar que la benevolencia del nuevo Rey D. Felipe III acabe con ese infierno para esa familia; aunque de la finca de "La Casilla" no podrán disfrutar nada, pues sabéis que el Rey muerto hizo sobre ella el Colegio de Santa Isabel.

En ese momento, se paralizan momentáneamente los trabajos de la fragua, ya que, dos frailes aparecen en escena: el jerónimo Fray Juan de Huete, compañero de celda del padre Fray José de Sigüenza, llamado el grande historiador y primero de nuestro Rey Felipe II y del Real Monasterio, siendo actualmente bibliotecario de dicho Monasterio, y el agustino Fray Alonso de Uclés, los dos, grandes amigos, pues en la infancia coincidieron en el mismo Colegio Mayor de Madrid, nueva capital de las Españas, allá por el año 1561.

Cuando se han cumplido los besamanos a los dos recién llegados, se les pide que se sienten, y, ante sus rostros fatigados, les invitan a que tomen un refrigerio con ellos. Cuando lo aceptan y se acomodan, se oyen de nuevo los ruidos del trabajo en la ferrería,

pues todos entienden que la llamada del respeto ha dejado paso al reclamo del deber.

Comienza su charla Fray Alonso, y lo primero que hace es decir a los presentes que procede del Convento recoleto agustiniano de Talavera de la Reina fundado hace diez años, en 1588, y que es muy feliz de haber encontrado de nuevo a su amigo jerónimo y que, al ser éste muy conocido de los herreros, el ya considera a éstos con gran encomio de amistad, lo que, de alguna manera congratula a todos y les da nuevos ánimos a continuar la conversación momentos antes suspendida: Cuando entrábamos aquí, y al dejar de sonar las herramientas, hemos oído hablar de Antonio Pérez, os diré, que este hombre, que nos traicionó en ocasiones con sus alevosos escritos, tuvo amigos de gran rango en la Iglesia, no hay que olvidar, que en el pleito contra él, Roma estuvo de parte de su figura, yo creo que, solapadamente contra nuestro Rey, recientemente muerto.

Al hilo de lo que oí de Antonio Pérez os diré que este hombre no se dió cuenta de hasta donde podía llegar y de dónde no podía pasar en el ejercicio de su influencia, que fue muchísima, con el Rey.

Os daré unas breves pinceladas íntimas de cómo eran estos dos hombres Felipe, nuestro Rey, y Antonio, su secretario: el primero, padecía desde joven de anosmia, esto es, pérdida completa del olfato, lo que permitió que Antonio usase, en una corte tan austera, los mas caros y raros perfumes, de los que dejaba huella por donde pasaba. Los que estuvimos cerca del Rey presenciamos sus padecimientos de gota, acompañada de la enfermedad articular y ulcerosa que le atormentó hasta su muerte; tenía, pues, depresiones y dolores articulares y de cabeza, tan intensos, que sus médicos le aconsejaron que llevara la cabeza rapada, moda que surgió, posteriormente, entre los caballeros de la Corte.

Cuando ví, recién terminado el cuadro de Juan Pantoja de la Cruz, quedé enmudecido al observar con que precisión había retratado al Rey: tiene los guantes en la mano, su calzado son largas botas

negras sin tacones, la pierna izquierda algo adelantada y recoge un poco de la luz que a su vez despierta un reflejo vago y amarillento en el resto de ese angustioso atavío negro, que mas de uno, y yo entre ellos, considerábamos que esa conocida afición por vestir de negro era motivada por consideraciones astrológicas.

Pero... me he desviado y no he acabado de contar esa figura humana del rey: en el cuadro citado, las pequeñas manos salen de los estrechos puños de encaje, la cabeza está acostada sobre un cuello de tablilla, igualmente estrecho y rígido; desde luego, la figura es sobria y monacal, tiene un solo adorno dorado sobre el pecho, el collar de la orden del Toisón de Oro. La barbilla prominente, de los Hagsburgo, pero menos que su padre el Emperador, las orejas son pequeñas, el poco pelo ralo, fino y sedoso. Los ojos nos miran recelosos bajo unas cejas rectas y elegantes, esa trayectoria descendente y literalmente desdeñosa del bigote da a la boca la apariencia de un gesto despectivo que la forma de los mismos labios no tiene. Creo que el pintor nos ha dado un apunte exacto del gran rey que ha fallecido hace unos días, de manera espantosa pues, solo su hija Isabel Clara Eugenia, le podía atender, llegamos a sospechar si padecía también de anosmia, como su padre, pues el olor en aquella pequeña habitación en que dio su alma a Dios, era de una fetidez insoportable de un cadáver en descomposición, pensad en su cuerpo, podrido, de arriba abajo, llagado y supurante. Dejó de existir el día 13 de Septiembre a las cinco de la madrugada, oyendo la misa del alba cantada por los niños del seminario, pidiendo momentos antes a su confesor, que le dieran el crucifijo con el que murió su padre

No quiero dejaros turbados con esta exposición de nuestro Rey y os diré con amplios trazos que su personalidad estaba marcada por su sincera piedad, su amor a la justicia, sin reparar en clases sociales, su gran entusiasmo por las ciencias y las artes, sobre todo la arquitectura, escultura y pintura, sin olvidar su cariño a los libros. Intimamente, y esto se lo he oído al Conde de Luna, conocedor próximo al Rey, éste era un tierno padre y esposo.

Oí también, a este Conde, la timidez permanente de nuestro Rey, por lo que también era su pecado la desconfianza y cautela asociado a sus actos, es por eso que Antonio, su secretario, era muy amado por el Rey ya que, enfocaba y resolvía son gran clarividencia y rapidez todo aquello que parecía muy difícil de resolución, pero toda aquella confianza depositada en aquel hombre se transformó en un enconado odio, cuando nuestro Rey se dió cuenta de las manipulaciones a que fue sometido por su secretario.

Yo, personalmente, asistí a actos del monarca que me dejaron perplejo: uno en que estando presente en una de sus comidas me dijeron los camareros que siempre daba el mismo número de bocados en cada una de ellas, y otro, en que estando en una visita de dos embajadores, les hablaba con voz tan baja que, en ocasiones no le oían; desconcertaba a sus visitantes que miraba fijamente mientras desarrollaba su gesto típico de acariciarse lentamente la barba puntiaguda; ya hubo quien comentó que nunca llevaba espada al cinto ya que su sonrisa cortaba como una espada. Después de esto, comprendí aquellos relatos que decían que, tanto guerreros curtidos, como santos varones y hombres de pro quedaban sin habla ante él. Como no remarcaros a vosotros que, hasta Teresa de Jesús, quizá la mas grande mujer de esta época, quedó turbada y casi muda en la única ocasión en que le vió cara a cara.

Claro que, hasta el aspecto del Rey cambió, en aquel año terrible, de 1568 ya comentado, quizás por alguno de vosotros.

El silencio, solo roto por algunos golpes sobre la bigornia, cae como un pesado manto sobre los tertulianos, que bajan sus miradas al suelo en señal de un respeto profundo sentido por todos con gran fervor.

Fray Juan rompe este trance diciendo: Señores, esto es ley de vida, y así se ha cumplido, dejémonos caer ahora en lo que os quiero contar del Monasterio.

No pondremos nunca en duda para que se ha levantado este gran edificio, maravilla entre las maravillas del mundo, es probable que alguna vez ocupe la octava posición entre las mismas, no solo por su magnificencia sino por esa grandiosidad enmarcada por la rigidez de su líneas que denotan la buena definición de su destino: El Monasterio nace, como he leído en los borradores de la historia que está escribiendo mi compañero de celda, Fray José de Sigüenza, como hacimiento de gracias por la victoria de la batalla de San Qintín, ocurrida el día de San Lorenzo, nuestro santo mártir español, 10 de agosto de 1557, sobre los ejércitos franceses, y su otro objetivo es, debido al gran cariño de Felipe hacia sus padres los Emperadores Carlos e Isabel, ser panteón imperial, así como del propio rey, nuestro querido señor, muerto hace unos días, y, también, de toda la familia real actual y venideras en siglos posteriores.

Así lo dice la Carta Fundacional de 22 de Abril de 1567. También es dedicado a la Orden de San Jerónimo por la particular devoción que el Emperador tuvo siempre a la misma.

El año 1562 se inician las obras, aunque el nombramiento de arquitecto real, nuevo hasta entonces, se hizo el 15 de Julio de 1559, recayendo en la persona de Juan Bautista de Toledo, buen seguidor de Vitruvio, príncipe de los arquitectos. Este hombre, junto a los frailes Juan de Tarancon, Juan de Colmenar y Gutierre de León visitaron en esa época de 1562 el Real de Manzanares, La Fresneda, la Alberquilla y el minero doble de la fuente de Blasco Sancho muy cerca de El Escorial, punto elegido colegiadamente por todos ellos. Felipe encarga a Pedro de Hoyo, su secretario de entonces, que haga las gestiones oportunas para adquirir los terrenos de Blasco Sancho y los de la Fresneda y la Herrería, apuntando que se tuvo mucho en cuenta para escoger el lugar con la observación atenta, por parte de todos, del movimiento del sol.

Es fundamental conocer que la traza universal del Monasterio fué realizada por Juan Bautista de Toledo en Abril de 1562.

Antes de iniciar las obras, las figuras de la Congregación Jerónima la forman por orden jerárquico, con el visto bueno del Rey, el Prior, la persona mas poderosa de toda esta organización el Contador y Veedor, en una sola pieza, y el Pagador; junto a ellos, por orden real, aparece el Maestro Mayor, Juan Bautista de Toledo. Tu Pedro, sabes muy bien, por lo que te toca, que próximas al lugar de la edificación, al comenzar los preparativos, se montan varias fraguas, de las que solo queda la tuya, para las herramientas necesarias para la obra.

En la segunda decena de Abril de 1562 se comienza con el desmonte, construcción de balsas, de hornos y se acumulan los materiales necesarios. Se estacan los lugares y se replantea con las "guitas de monte a monte". Se dan los primeros azadonazos por el Príncipe de Eboli, el Duque de Feria y el Prior. Podemos considerar por todos, que, en presencia del Rey, comienza la materialidad de la obra el 29 de Abril de 1562.

Pero, empiezan los primeros inconvenientes. En julio de 1562 aparece en escena un arquitecto e ingeniero italiano, Francesco Paccioto, llamado por el Rey, para que opine sobre el proyecto; su parecer es tajante: no le gustan las trazas hechas por Juan Bautista y sobre todo critica la Basílica. Frente a este informe asolador Felipe le pide soluciones sin cambiar la traza universal, cosa que hace el italiano, y que Juan Bautista tiene que aceptar, sobre todo, la modificación de la planta basilical.

La obra ya iniciada cumple los plazos, se trabaja a destajo; el 20 de abril de 1563 se encuentran en los alrededores la pizarra para los tejados y chapiteles, con original diseño, directamente imbuido por el Rey, ya que tenía ganas de unos tejados similares a los de los Países Bajos. Estamos en el día 23 de abril de 1563 a las once de la mañana, en ausencia del Rey, se coloca la primera piedra. Se trabaja muy deprisa siguiendo el tradicional método español de destajar las obras, en contra de la opinión de Juan Bautista que también muestra su acritud con los aparejadores Gregorio de Robles, de albañilería, y Pedro de Tolosa, de cantería.

Para evitar roces el propio Rey dicta unas instrucciones en fecha 10 de agosto de 1563 y el 20 de ese mes, el mismo Rey con su corte, coloca la primera piedra de la Basílica, ofició esta ceremonia el Obispo de Cuenca, Fray Bernardo de Fresneda. La ausencia del Rey, por su marcha a las cortes de la Corona de Aragón, provoca los fuertes choques entre el Prior y el Arquitecto, pero esto no es óbice para que la obra se desarrolle a un fuerte ritmo levantando sus partes de suelos del Claustro Mayor así como los que corresponden al levantamiento posterior de la Iglesia Vieja, Escalera Imperial, Portería y Hospedería; pero hay que hacer una modificación importante pues, por exigencia de Felipe II, la estructura personal frailuna pasa de 50 a 100 frailes; fray Antonio de Villacastin, obrero principal, da una solución rápida y perfecta, pues al incrementar en una planta la zona del Monasterio modificada, cobra todo el edificio una simetría que antes no poseía. Y una noticia que halaga a todos es la buena marcha del Muro de los Nichos, que es la contención para el jardín de los Frailes. La obra, aún a despecho de la guerra abierta entre la Congregación y Juan Bautista de Toledo, se realiza con un ritmo acelerado.

Fray Juan mira a la concurrencia y demuestra su resistencia física al ir rememorando sus comentarios, pero, pide un descanso, para aprovechando éste, tomar un pequeño bocado, acompañado con el vino, refrescado en la balsa; a esta idea se suman todos, pero le ruegan que después de este reposo, ya reconfortados, siga su interesante plática.

Así, inicia de nuevo: no creo que os haya comentado, y si de esta manera lo he hecho, me interrumpís, allá por el año de 1563 fueron nombrados por el Rey ayudantes de Juan Bautista: Juan de Valencia y Juan de Herrera, siendo este último el que asumirá mas tarde un papel importante en el levantamiento de la real fábrica del Monasterio.

La tensión, creada por el fuerte trabajo, es enorme y Juan Bautista de Toledo sufre de enemistades y luchas soterradas, pero como

reconoce Felipe, es un bravo arquitecto que debe seguir en su trabajo. Estamos en 1566, durante ese año sigue un gran orden muy acompasado con lo previsto, aunque las cuentas se enrarezcan por los costes debidos a las obras de desagües, los levantamientos de los Claustros, el Mayor y el de los Evangelistas, los claustros chicos con la Galería de Convalecientes, las cocinas, escaleras, la enfermería y otros aposentos. Se dan soluciones estructurales de difícil empeño como son las de los sótanos que recorren el perímetro del Claustro de los Evangelistas. Entramos en 1567 y se hacen parte de los aposentos reales con construcciones levantadas de la Iglesia Vieja y el Claustro Segundo. Pero, el 12 de mayo de este año, Juan Bautista de Toledo otorga testamento y el 19 fallece; aún así las obras siguen con buenos plazos.

Y el Rey nota la ausencia del Maestro Mayor, no nombra a nadie en particular y recurre a todos: Pedro de Tolosa, Lucas de Escalante, Jerónimo Gili, Gaspar de la Vega, Juan de Herrera y al arquitecto Bergamasco, que aunque mínima su participación, deja su huella en la forma de la escalera imperial; pasan así los años de 1568, 1569 y 1570. No olvidemos la disposición de las fuentes que hay en medio de los patios, realizadas por Francisco de Montalbán, cordobés, experto en canalizaciones y fuentes. La Congregación vigila de cerca toda la construcción, y, tomando como base el informe de fray Antonio de Villacastín, avisa al Rey que la mayoría de los destajos estan acabados y hay gente desocupada. Hay que reaccionar adecuadamente y así lo hace Felipe, nuestro señor, que en la Gloria esté: el 28 de marzo de 1571 nombra a Juan de Herrera como Arquitecto del Monasterio. Los desvelos del Rey empiezan a remitir cuando la comunidad jerónima que habitábamos desde 1562 en la villa de El Escorial, pasamos ese junio de 1571, un día 12, a ocupar el Monasterio.

Mientras tanto, Juan de Herrera demuestra unas condiciones excepcionales como arquitecto: gran capacidad de trabajo, organización y mando.

El año de 1576 es extraordinario para la construcción de la gran fábrica. Es la gran proposición de Juan de Herrera, su gran idea innovadora, no bien vista por algunos: labrar el material a pie de cantera, y en la obra asentarlo, para luego bornearlo, retundiéndolo posteriormente. Pero esta idea genera un gran enfrentamiento entre los técnicos de obra, la Congregación y el Arquitecto regio. Felipe II se presenta en la obra y ve el nuevo método "in situ". El método era mas rápido, pero mas caro, teóricamente, puesto que se demostró que acortando el tiempo de ejecución a pie de obra se ahorraban recursos económicos. El Rey decide que se haga según las indicaciones de Juan de Herrera.

Los años siguientes siguen con todos los inconvenientes de obra y económicos, sin dejar de aludir, que en el año de 1576, los españoles pensaban que El Monasterio y Flandes eran la ruina de Castilla. Pero, Juan de Herrera no ceja en sus innovaciones y así durante 1577, el carpintero Juan de Laguna construye un gran número de grúas especiales para levantar la Basílica.

Después del levantamiento basilical, la vertiginosidad es tremenda para ir dando por finalizadas, las partes mas importantes del Palacio Real, Monasterio, Colegio, Seminario, Biblioteca, Panteón y servicios adyacentes, todo ello a partir de 1579, de acuerdo con las modificaciones herrerianas.

No os comento vuestros trabajos de rejería, Francisco, y los de Guillen de Luxaron, que con su hijo Hernando, hicisteis entre 1583 y 1584.

La finalización se aproxima y la última pieza se coloca el 13 de Septiembre de 1584, y cosa curiosa, empezamos hablando de metal y acabamos con él, ya que se cuenta por el pueblo, que esa última pieza es de oro. Aunque el templo no se acaba hasta 1586 y se consagra en 1595.

En 1583, deja Juan de Herrera, de ejercer directamente sobre las obras de El Escorial y se hace cargo como Arquitecto el conquense Francisco de Mora, que ya había ejercido en dichas

obras como aparejador ayudante de Herrera. De este hombre no podemos olvidar trazas de las escaleras del jardín de los frailes, de muy bella y difícil compostura.

Comenta Fray Juan que el tiempo apremia y sabéis que nosotros, los frailes, nos recogemos pronto, aunque hoy os acompañamos mas tiempo con permiso del Prior.

Solo queda comentar que este Monasterio es panteón dinástico, seminario, colegio, basílica, palacio... y no se puede olvidar ese gran tesoro dejado al cuidado de las manos de la orden jerónima como es la Real Biblioteca dedicada, sin lugar a dudas, a la gloria del saber. La figura que se ha encargado de ella ha sido Benito Arias Montano. Fue él, ese hombre sabio, el que insinuó la relación que había entre la Monarquía Católica de nuestro Sr. Felipe II y Díos, el Dios eterno reflejado y revelado así en la Biblia; la construcción de la gran fábrica tiene parangón con el Tabernáculo y el Arca, y, también con el Templo de Jerusalén; y por qué no, como él decía, equiparar a nuestro Rey Católico Felipe II con Salomón y David. Consideraba San Lorenzo el Real como el Templo de Salomón. Por eso, esos reyes que están en la fachada de la Basílica, sustituyendo las pirámides acabadas en esferas, concepto de muerte y eternidad, diseñadas por Juan de Herrera repito, por los reyes bíblicos Josaphat, Ezequias, David, Salomón, Josías y Manasés.

La noche se nos echa encima y antes de despedirnos os quiero decir que la Basílica es el lugar mas importante del Monasterio, y en cambio los aposentos privados del Rey, son de tamaño muy reducido y están intencionadamente aislados por Juan de Herrera, siendo estancias inaccesibles de forma directa.

Todos quedan en silencio, pensativos, y forjando en sus mentes distintas formas de comprender todo lo contado hasta aquí.

Se despiden y prometen volver a reunirse. Las sombras ocupan los caminos y, dando por acabada su reunión se incorporan y,

Pedro y su hijo, deciden acompañarles con hachones encendidos, que sirvan para no desviarse de sus lugares de residencia.

Hemos hecho un recorrido histórico estando presentes de forma invisible en la conversación de los ferrones con los frailes, en la fragua de Pedro, cercana al gran Monasterio. Hasta aquí hemos acompañado a estos hombres del siglo XVI que nos han dado unas líneas de aquellos días que vivieron.

El Escorial de Felipe II con sus dieciséis patios, quince claustros, ochenta y seis escaleras, nueve torres, ochenta y ocho fuentes, mil doscientas puertas y dos mil seiscientas ventanas, aparece como una respuesta desdeñosa a esas arquitecturas de placer que impuso el Dogo Gritti en Venecia y sus provincias interiores con arquitectos como Palladio, esas villas del Véneto abiertas a la belleza de la vista y a la voluptuosidad de la diversión. Pero en este Monasterio de 200 m. de largo por 160 m. de ancho está el palacio negativo que rechaza las fiestas. Según la frase cruel de Ortega y Gasset esa obra tensa es el fin de sí misma, un "esfuerzo consagrado al esfuerzo"

Después de haber analizado estos hechos me encuentro deslizando sobre una banda de Moebius que no divide el espacio en dos dominios distintos, y cuando creo que me encuentro en esta época siento el paso de la filipina. Es un estado de conciencia extraño, y que deja un escalofrío recorriendo mi cuerpo. Que bien me vendría encontrarme de frente a Felipe II para que, con su frase ritual, "sosegaos", tranquilizase mi espíritu.

Esta exposición empezaba durante la madrugada de un día perdido en septiembre de 1598, y podría acabar con esas palabras extraídas del libro "El Jardín de los Frailes" de Manuel Azaña, dedicadas a su estancia colegial en el Monasterio:

"Solo estoy en la punta del jardín, ya frío. Vagan tres frailes en el huerto prioral. Las delgadas siluetas negras, sin gravidez, accionan levemente; algo se dicen, miran al suelo. Se calan la cogulla: a ellos y a mí el cierzo nos hiere. Una cima se encumbra lejos, encapuchada de nieve y rosa.

En túmulos de escarlata
Corta lutos el silencio

Es el ocaso.

Muchas gracias por su atención.

BIBLIOGRAFIA

ALEKSANDRON, AD. KOLMOGOROV, AN. LAURENTIEV, MA.
La matemática : su contenido, métodos y significado

AZAÑA DIAZ. Manuel
El Jardín de los Frailes

BUSTAMANTE GARCIA. Agustín
La octava maravilla del mundo (Estudio histórico sobre El Escorial de Felipe II

CHASTEL. André

cogulla: a ellos y a mí el cierzo nos hiere. Una cima se encumbra lejos, encapuchada de nieve y rosa.

En túmulos de escarlata
Corta lutos el silencio

Es el ocaso.

BIBLIOGRAFRIA

ALEKSANDRON, AD. KOLMOGOROV, AN. LAURENTIEV, MA.
La matemática : su contenido, métodos y significado

AZAÑA DIAZ. Manuel
El Jardín de los Frailes

BUSTAMANTE GARCIA. Agustín
La octava maravilla del mundo (Estudio histórico sobre El Escorial de Felipe II

CHASTEL. André
La crisis del Renacimiento

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL, ESPASA CALPE
Tomos 21 y 50

ESPAÑA, Gran Enciclopedia de
Tomos 1, 2, 5, 8, 11, 14 y 16

FERNANDEZ ALVAREZ. Manuel
Felipe II y su tiempo

FERRATER MORA. José
Diccionario de Filosofía. Tomos 1 y 3

FUNDACION JUAN MARCH
Castilla La Nueva

GONZALEZ TASCON. Ignacio
Organización y financiación de las Obras Públicas
Conmemoración Centenario de Felipe II

HISTORIA DE ESPAÑA. Biblioteca El Mundo
Tomo 6. La España de los Austrias 1

MARAÑON Y POSADILLO. Gregorio
Antonio Pérez (El hombre, el drama, la época)
Los procesos de Castilla contra Antonio Pérez

MARCKS. Erich
La contrarreforma en Europa occidental

MURADO. Michelangelo – MARTON. Paolo
Las villas del Véneto

NOOTEBOOM. Cees
El desvío a Santiago

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
Diccionario de la lengua Española 2 tomos

SAENZ DE MIERA. Jesús
La magnificencia del Rey Prudente y la fama de El Escorial.
Conmemoración Centenario Felipe II

SANCHEZ MECO. Gregorio
El Escorial: De comunidad de aldea a villa de Realengo

SANCHO GASPAR. José Luis
Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

Patrimonio Nacional

SIGÚENZA. Padre Fray José de
Historia Primitiva y exacta del Monasterio del Escorial

SUMMA ARTIS. Historia General del Arte
Tomos XLV (1) y XLV (2)

TAYLOR. René
Arquitectura y magia. Consideraciones sobre la idea de El Escorial

YANCO. Aroni
El Escorial esotérico y hermético